

IX concurso de relato breve sobre la bicicleta - Ganador (relato en castellano): **Iñaki Vispo Goya**

Diamante

Estaba en Barcelona pero pudo haber estado en cualquier otro sitio. Le gustaba a ella pensar que era el corcho flotante en medio de la economía sumergida: una suerte de cazadora furtiva huyendo de crisis y subsidios a golpe de pedaladas. Parecía no poner buena cara cuando otros le llamaban “Diamante” pero era únicamente por su punto de chulería aunque en el fondo estuviera orgullosa de que en aquella aventura urbana se llevara como *rider* casi todos los pedidos de las mejores horas. Entre ese grupo de encapuchados con un quiste en forma de cajón amarillo amarrado a la parte trasera de la bicicleta sin duda era mucha la competencia. Contadas eran las veces en las que, si rulaba despacio y la llamabas por su nombre, Dikra, a lo mejor con suerte hasta se giraba y sonreía. Exagero si digo que era la pesadilla de los gatos de Ciutat Vella de tanto que volaba. Tanto es así que la dichosa app, como una amante celosa que pretendía geolocalizarla en sus pedidos, lo llevaba crudo con ella para situarla, para enfado de su supervisor. Si el día se portaba, lo mismo caían cuarenta eures ayudada por esas noches de invierno de fútbol en la tele y sofá doméstico. Entre semejante locura se la jugaba sorteando coches en la irónicamente llamada economía colaborativa. Eufemismo de compraventa solapando un mezquino universo de víctimas. Hasta la fecha había salido indemne y se veía top en el ranking de puntuación. Le apasionaban las dos ruedas desde que con cuatro años le mercaron una bici de su tamaño, heredada sin duda de alguno de sus primos de Marsella.

Aquel mes de mayo eran días de Ramadán y el estómago apretaba por ello algo antes del crepúsculo. Queriendo meter el pie en la cala de la bici se trastabilló y el portabotellines salpicó el agua por un lado y su cuerpecillo por el otro. Ni el camión ni ella pudieron verse. Aquel fue el día en que sus piernas pararon en seco cuando nunca antes lo habían hecho, y el cajón de repente cambio de tamaño, color y destino. Creyendo estar en su lugar aquí, sin embargo nadie la extrañó. Tan solo una reseña en el *Diari* y un padre que a dos mil kilómetros, solapado entre una nube de Narguilé de fondo, gimotea algo demenciado ya cuando le vienen esporádicos recuerdos de Dikra. Yo también pregunté por ella después, pero ya no hubo manera de seguirla.